

EL ECHO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Martes 31 de Octubre.

El Eco de Cartagena.

El día 1.º de Noviembre.

De las espesas sombras de la noche se ve surgir incierto resplandor. Es que en breve asomará la aurora de otro día, rasgando las tinieblas del espacio. Es en fin, que llama á las puertas del horizonte la mañana del primero de Noviembre. Mañana triste, sin armonías, sin encantos, únicamente interrumpida su apacible calma por el gemir del viento en la enramada, cuyos ecos lugubres y sombríos van á perderse en la inmensidad como el prolongado lamento de un alma dolorida. Ni el gorgojo del ave en los campos ni el cantar del labriego en sus faenas, se escuchan siquiera para prestar su animación á este cuadro sombrío. Hasta el ruidoso estruendo de las populeas ciudades parece asemejarse al terrible astor de la agonía seguro signo de la muerte.

Suena la hora de las vísperas, y desde la humilde aldea donde moran sencillos habitantes hasta la ciudad eterna de los Césares, la vibrante voz de las campanas anuncia á los mortales con funerario acento la hora solemne de cumplir con un sagrado deber. La santa caridad evangélica exige honremos la memoria de los que fueron y apartándonos por un momento del mundo de la vida nos llama al mundo de la muerte donde á la sombra de los sauces y de los tilos reposan mil generaciones. Allí el eterno sol de la igualdad que á todos alumbrará en los primeros albores de la vida y que la misera condición del hombre sobre la tierra eclipsará por breves días vuelve á lucir esplendoroso para siempre contrastando sus benéficos rayos el mármol frío de sus heladas tumbas.

Allí no hay señor ni esclavo, poderoso ni débil, soberbio ni humilde; todos son iguales, el rey con su corona y el papa con su tiara han cedido

irremisiblemente como el último mendigo ante la inflexible ley de la naturaleza y duermen en plácido silencio el sueño de los siglos, sin que venga á turbar su tranquilo reposo ni aun el manso arrullo de las tranquilas brisas de la tarde.

En el pórtico de esa eternal morada que inmóvil ve pasar edades tras edades y razas tras razas, empujadas por el incesante oleaje de los siglos, van á estrellarse todas las aspiraciones del hombre, cual pobre nave en escarpada roca impelida por los vientos del infortunio. Nada es allí el honor, nada la gloria, todo cede á la inclemencia del hado y los recuerdos de ayer son místicas flores hoy deshojadas. Las locas esperanzas son quimeras, las gratas ilusiones vanos ensueños, los felices momentos de otros días no volverán jamás. Todas aquellas cosas pasaron como sombras, *Transierunt omnia illa tanquam umbra*. Allí la verdad árida y despuda de los falaces encantos con que se oculta á nuestros ojos durante nuestra peregrinación sobre la tierra, se mira tal cual es. Y si por un acaso las efímeras vanidades de este mundo osando penetrar el sagrado recinto de la muerte trataran de dar animación y vida con sus engañosos atavíos á lo que yerto yace, dejadlas pues, que el tiempo en su carrera interminable y destructora se encargará de demostrarles que todo se derrumba al fuerte impulso de la invisible mano del Eterno.

¿Qué resta de tanta esperanza perdida, de tanta belleza disipada, y de tantas ilusiones agostadas en flor? Leve puñado de ligero polvo que arrastra en remolino el huracán de un día cual hoja seca que se lleva el viento.

Sigue el son de la campana y esos acentos lastimeros que llenan el espacio al cruzar su cóncavo seno nos recuerdan con tristísima elocuencia tenemos que abandonar también este valle de penas y amarguras.

Un día, quizá no muy lejano, la muerte nos sorprende, escribiendo con rojos caracteres en el dintel de nuestra morada la inapelable sentencia de un inflexible Juez, y abando-

nando la deleznable materia á que nos encontramos unidos, vuela libre nuestro espíritu á la region sublime de las celestes armonías, como eterno peregrino de los mundos. Y ese día seremos acreedores á un recuerdo cariñoso, como hoy lo son aquellos que ya no moran entre nosotros. Así que por un deber recíproco estamos obligados á visitar el lugar sagrado que guarda sus cenizas y á depositar como pobre ofrenda algunas flores sobre la movediza tierra de sus sepulturas. Allí también encontraremos de seguro seres queridos de nuestra alma, pedazos de nuestro mismo ser, en aclago día arrebatados á nuestro cariño.

Allí en breve y reducido rincón de tierra veremos guardado el inmenso corazón de una madre incapaz de caber en la estrecha cárcel que le aprisiona, de una madre que velará nuestro inocente sueño en los tranquilos días de la niñez, que participando de nuestras propias alegrías gozará con ellas, y llorará también con nosotros en los tristes momentos de desventura, de una madre, en fin, que bebiendo la vida en una mirada de nuestros ojos dejara en nuestros labios un beso celestial, santa alianza que sella para siempre un amor eterno é inmutable.

Por eso hoy al contacto de el ósculo filial sobre su huesa todavía parece oírse latir su amante corazón.

Más allá el anciano padre, la tierna esposa, el adorado hijo; aquí el poeta cuya vida es cantar, rota su lira que etérea hace vibrar con misterioso acento; el valiente guerrero que tiene ya marchitos sus laureles y el orador, en fin: todos ya mudos reposan con la tranquilidad apacible de la tumba.

Va la tarde á morir y entre sus ecos se oye sonar el toque fúnebre: doblémos reverentes la rodilla, que el más humilde en la tierra es el más grande ante Dios. Brote de nuestros labios una oración y demos rienda suelta al dolor que nos abruma, dejando que el llanto bañe nuestra angustiada faz. Pero antes de abandonar este lugar sagrado volvamos la vista hacia aquel infeliz

que yace en soledad sombría y junto á cuya huesa nadie va á llorar. Bajo la cruz que ampara su modesto sepulcro solo se ve un nombre honrado. Roguemos por él.

J. SANCHO DEL RÍO.

Misceláneas.

Símbolos cristianos de los frescos de las Catacumbas.—Los siervos sedientos que corren hacia una fuente simbolizan las almas sedientas de amor y de belleza corriendo hacia la fuente de todo bien, que es Dios.

El gallo es una imagen de la vigilancia, la paloma de la sencillez, el fénix de la resurrección y la palma de la victoria.

Un caballo veloz en su carrera, indica la manera que debe tener todo cristiano para andar por el camino de la virtud y una liebre fugitiva el modo con que ha de huir de las asechanzas de los enemigos del alma.

La sandalia indica la peregrinación del cristiano en este mundo; si tiene en la suela la palabra *in Deo*, quiere decir, que el alma peregrina llegó al término de su descanso.

Junto á una casa arruinada que simboliza la destrucción del cuerpo que ha muerto, se eleva un ciprés, emblema del alma que subió al cielo, y á su lado una balanza, símbolo de la Divina Justicia, está siempre acompañada de una lámpara con la luz de la fe.

La imagen de Jonás tragado por una ballena indica el sueño del sepulcro y Lázaro resucitando es promesa de la resurrección.

Dos gallos luchadores quieren pintar las luchas del cristiano.

Un triángulo es imagen de la Santísima Trinidad.

La figura del padre está representada en una mano que sale de una nube, la del Hijo en un pez, y la del Espíritu Santo en una paloma.

El olivo representa paz, olivicultura ó misericordia.

No hay en las Catacumbas Cruci-